

Giovanni Boccaccio

El Decamerón

Antología

Selección y presentación de Gustavo Martín Garzo
Traducción de Esther Benítez



Alianza editorial
El libro de bolsillo

Título original: *Il Decameron*

Diseño de colección: Estudio de Manuel Estrada con la colaboración de Roberto Turégano y Lynda Bozarth

Diseño de cubierta: Manuel Estrada

Ilustración de cubierta: «Hinojo (Foeniculum)». Ilustración del *Taqwim al-sibha* o «Mantenimiento de la salud» de Ibn al-Butlan (Bagdad, s. xi) publicado en Italia como el «Tacuinum Sanitatis» en el s. XIV

© ACI / Bridgeman

Selección de imagen: Carlos Caranci Sáez

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaran, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

© de la traducción y notas: Herederos de Esther Benítez

© de la selección y la presentación: Gustavo Martín Garzo, 2016

© Alianza Editorial, S. A., Madrid, 2016

Calle Juan Ignacio Luca de Tena, 15

28027 Madrid

www.alianzaeditorial.es

ISBN: 978-84-9104-310-2

Depósito legal: M. 410-2016

Printed in Spain

Si quiere recibir información periódica sobre las novedades de Alianza Editorial, envíe un correo electrónico a la dirección: alianzaeditorial@anaya.es

Índice

- 13 Presentación: El ruiseñor y la albahaca
- 23 Criterio de la antología
- El Decamerón: Antología
- 27 Un caballero dice a doña Oretta que la llevará como a caballo, contándole una novela; se la cuenta desordenadamente y ella le ruega que la deje apearse.
- 29 Micer Lizio de Valbona encuentra a su hija con Ricciar-do Manardi; éste se casa con ella, y con su padre queda en paz.
- 36 Un monje, caído en pecado digno de gravísimo castigo, se libra de la pena reconviniendo con discreción a su abad por esa misma culpa.
- 40 A Andreuccio de Perugia, llegado a Nápoles a comprar caballos, le sobrevienen en una noche tres graves desgracias y, librándose de todas, con un rubí regresa a casa.
- 56 Un palafrenero se acuesta con la mujer del rey Agilulfo y éste lo advierte, sin decir nada; lo encuentra y le corta el pelo; el tonsurado tonsura a todos los demás y así se salva de la mala ventura.
- 62 El judío Abraham, animado por Giannotto de Civignì, va a la corte de Roma; y, vista la maldad de los clérigos, regresa a París y se hace cristiano.
- 67 El rey de Chipre, fustigado por una dama de Gascuña, de pusilánime se convierte en valeroso.
- 69 El sultán de Babilonia envía al rey del Algarve una hija suya como mujer; a causa de diversas desgracias, ésta pasa, durante cuatro años, por las manos de nueve hombres en diversos lugares; restituida por último a su padre

- como doncella, vuelve a marchar, como primero hacía, a casarse con el rey del Algarve.
- 94 Fray Cebolla promete a unos campesinos que les enseñará la pluma del ángel Gabriel; al encontrar en lugar de ella unos carbones, les dice que son los que sirvieron para asar a san Lorenzo.
- 104 Lidia, mujer de Nicostrato, ama a Pirro, el cual le pide tres cosas para creerlo, y ella las hace; además de esto, se solaza con él en presencia de Nicostrato y le hace creer a éste que no es verdad lo que ha visto.
- 117 Michele Scalza prueba a unos jóvenes que los Baronci son los hombres más nobles del mundo o de la Marisma y gana una cena.
- 120 Bajo especie de confesión y de purísima conciencia una señora enamorada de un joven induce a un excelente fraile, sin que éste se dé cuenta, a hallar el modo de satisfacer por entero su placer.
- 131 La marquesa de Monferrato refrena, con un convite de gallinas e ingeniosas palabras, el loco amor del rey de Francia.
- 134 Masetto de Lamporecchio se finge mudo y entra como hortelano en un monasterio de mujeres, que rivalizan en acostarse con él.
- 142 Dos amigos tienen mucho trato y uno se acuesta con la mujer del otro; cuando éste lo advierte, hace que su mujer lo encierre en un arcón sobre el cual, mientras está dentro, se acuesta él con la mujer del otro.
- 148 Una abadesa se levanta, a oscuras y con prisas, para sorprender a una de sus monjas, acusada de acostarse con su amante; y estando la abadesa con un cura, cree haberse puesto en la cabeza las tocas, cuando en realidad lleva los calzones del cura; al verlo la acusada, se lo da a entender, con lo que queda en libertad de recibir a su amante.
- 152 Doña Filippa, a quien su marido encuentra con su amante, comparece ante el tribunal y con una rápida y gentil respuesta es absuelta y hace modificar la ley.

- 156 Tancredo, príncipe de Salerno, mata al amante de su hija y le envía a ésta el corazón en una copa de oro; ella, echando sobre él agua envenenada, se la bebe y muere.
- 168 Gian de Prócida, hallado con una joven amada por él y regalada al rey Federico, es atado a un poste para ser quemado con ella; reconocido por Roger de Lauria, se salva y se convierte en marido de ella.
- 175 La mujer de un médico cree muerto a su amante, narcotizado, y lo mete en un arcón, que dos usureros se llevan a su casa con él dentro; al despertarse, lo prenden por ladrón; la criada de la dama cuenta a la señoría que lo metió ella en el arcón robado por los usureros, con lo que él se salva de la horca y los prestamistas son condenados a una multa por haber hurtado el arcón.
- 186 Alibech se hace ermitaña y el monje Rústico le enseña a meter el diablo en el infierno; llevada después de allí, se convierte en la esposa de Neerbale.
- 192 El arcipreste de Fiésole ama a una viuda; no es amado y, creyendo acostarse con ella, se acuesta con una criada suya, y los hermanos de la señora hacen que su obispo lo descubra.
- 199 Rinaldo de Asti, robado, va a parar a Castel Guiglielmo y es albergado por una viuda; resarcido de sus males, regresa a casa sano y salvo.
- 207 Un celoso se disfraza de cura para confesar a su mujer y ésta lo convence de que ama a un cura que todas las noches viene a verla; con lo que, mientras el celoso guarda escondidas la puerta, la señora hace entrar a su amante por el tejado y con él se está.
- 216 Quiquibio, cocinero de Corrado Gianfigliuzzi, con una pronta frase vuelve en risa la ira de Corrado y se libra del castigo con que éste lo amenazaba.
- 219 Don Gianni, a instancias de su compadre Pietro, hace un encantamiento para convertir a su mujer en una yegua; y cuando va a pegarle la cola, el compadre estropea todo el encantamiento diciendo que no quería cola.

- 224 Gianni Lotteringhi oye de noche llamar a su puerta; despierta a su mujer y ésta lo convence de que es un fantasma; van a conjurarlo con una oración y las llamadas cesan.
- 229 Pietro de Vinciolo va a cenar fuera; su mujer manda venir a un mozo y, cuando Pietro regresa, lo esconde bajo un cesto de pollos; Pietro cuenta que en casa de Hercolano, donde cenaba, han encontrado a un joven metido allí por la mujer; la señora censura a la mujer de Hercolano; un burro pone la pata, por desgracia, sobre los dedos del que estaba bajo el cesto y éste grita; Pietro corre allá, lo ve y descubre el engaño de su mujer, con quien al final hace las paces a causa de su bellaquería.
- 239 El Acicalado regala a micer Francesco Vergellesi un palafrén suyo, y gracias a eso habla a su mujer con su licencia; como ésta calla, él se contesta como si ella fuese, y a su respuesta sigue el efecto consiguiente.
- 246 El cura de Varlungo se acuesta con doña Belcolor, dejándole en prenda un tabardo; después le pide un mortero y, cuando se lo devuelve, le manda pedir el tabardo dejado en prenda: la buena mujer se lo devuelve con unas palabras de doble sentido.
- 253 Peronella esconde a su amante en un tonel cuando su marido regresa a casa; como el marido ha vendido el tonel, ella dice que lo ha vendido también a uno que está dentro para comprobar su solidez; el amante sale del tonel y hace que el marido lo raspe y luego se lo lleve a su casa.
- 258 El rey Pedro, enterado del ardiente amor que le tiene la enferma Lisa, la consuela y después la casa con un joven noble; y, besándola en la frente, se declara para siempre su caballero.
- 267 Nastagio de los Onesti, enamorado de una dama de los Traversari, gasta sus riquezas sin ser amado; a instancias de sus familiares marcha a Chiassi; allí ve cómo un caballero da caza a una joven y la mata, tras lo cual la devoran dos perros. Invita a sus parientes y a la mujer amada a un

- almuerzo, en el cual ella ve cómo despedazan a la misma joven y, temiendo correr esa suerte, toma a Nastagio por marido.
- 274 Dos sieneses aman a una mujer, comadre de uno; muere el compadre y regresa a ver a su compañero, conforme a la promesa que le había hecho, y le cuenta cómo se está allá.
- 278 Paganino de Mónaco le roba la mujer a micer Ricciardo de Chinzica, el cual, sabiendo dónde ella está, acude allí y se hace amigo de Paganino; le pide que se la devuelva y él se la concede, siempre que ella quiera; ella no quiere volver con él y, muerto micer Ricciardo, se convierte en la mujer de Paganino.
- 287 Los hermanos de Lisabetta matan al amante de ésta, que se le aparece en sueños y le muestra dónde está enterrado; ella desentierro en secreto la cabeza y la mete en un tiesto de albahaca; como llora sobre él todos los días durante mucho tiempo, sus hermanos se lo quitan y ella muere de dolor poco después.

Presentación

El ruiñeñor y la albahaca

Corre el año de 1348 y una terrible epidemia de peste asola la ciudad de Florencia. Los muertos son tan numerosos que apenas da tiempo a enterrarlos. Se abren fosas comunes, se aprovechan los ataúdes para meter varios cuerpos a la vez, las ceremonias religiosas se multiplican inútilmente y el horror invade las calles y la vida cotidiana de la gente. Unos se dan al pillaje o a las conductas licenciosas; otros se entregan a todo tipo de rezos, penitencias y lamentos. Los familiares abandonan a su suerte a sus moribundos. Los padres huyen de sus hijos; los esposos se apartan de los lechos de sus esposas; las madres se apartan de la cunas de sus hijos, pues el miedo al contagio les transforma en seres sin compasión que sólo piensan en salvar la vida. Florencia pierde la mitad de su población y la sospecha de que aquella epidemia es un castigo de Dios por la iniquidad de los hombres, vuelve aún más lúgubre la atmósfera de desolación que rodea a los que sobreviven.

Pasan los meses y, paradójicamente, los efectos de la terrible epidemia resultan vivificadores para el conjunto de la ciudad, en la que se producen cambios significativos. La Iglesia pierde parte de su prestigio, pues se ha mostrado incapaz de proporcionar alivio a las gentes, y la disminución de la población y la ruina de los familias importantes crea nuevas oportunidades a la clase baja. La demanda de todo tipo de servicios contribuye al crecimiento de banqueros, mercaderes, y artesanos hábiles, por lo que en poco tiempo la ciudad se transforma en un hervidero de vida. Ésta es la Florencia en que vive Boccaccio cuando escribe *El Decamerón*. Han pasado dos años desde el final de la peste y todo anuncia el surgimiento de una nueva concepción de la vida, que rechaza la primacía de lo religioso. El tema central de *El Decamerón* será lo humano. No lo humano idealizado, reflejo de un orden superior, sino el ser humano real, con sus virtudes y defectos. Y, por encima de todo, el hombre animado por el deseo. El tema de *ubi sunt* medieval, que habla de la futilidad de la vida y de todas las glorias mundanas, es sustituido por el *carpe diem*, que anima al disfrute alegre del presente y a la celebración de la belleza y los dones de la juventud.

Pero volvamos al comienzo del libro. Tras la descripción de la peste, Boccaccio nos cuenta cómo un grupo de jóvenes damas coincide en una iglesia, Son siete, y deciden dirigirse a alguna de sus posesiones campestres a fin de huir del horror que las rodea. Tres apuestos varones se ofrecen a acompañarlas caballerosamente, y todos juntos abandonan la ciudad maldita para refugiarse en una villa de las afueras. Se preguntan entonces qué harán

con su tiempo, y deciden contarse historias. Llegan a un acuerdo, cada día uno de ellos será el rey o la reina de los otros y les encargará el tema sobre el que deben versar sus relatos. Así cada miembro del grupo contará una historia por cada una de las diez noches que pasan en la villa, lo que da nombre en griego al libro: *deka* ‘diez’ y *hemeraí* ‘días’.

Y lo primero que sorprende es el clima festivo, de alegre camaradería que enseguida se establece entre los jóvenes. Porque ¿dónde están sus padres, sus hermanos, sus otros familiares? ¿dónde sus amigos y amigas, los compañeros de juegos y confidencias? No es posible que se hayan salvado todos, entonces ¿por qué no se preguntan qué ha sido de ellos, si han perecido o viven aún? Nadie se hace estas preguntas y los días se suceden unos a otros en un clima de vaga irrealidad, entre bailes, canciones festivas, descripciones idealizadas de la naturaleza. El cuento de nunca acabar, así llamó Carmen Martín Gaité al cuento de la vida. Pero si lo que importa es esa rueda de los cuentos, ¿por qué Boccaccio elige el marco tenebroso de una peste para ponerla en marcha? Algo así sucede en *Las mil y una noches* donde Sherezade cuenta sus historias en la alcoba del ogro. La muerte es la mayor aventura, exclama Peter Pan en la novela de J. M. Barrie. ¿Qué significa esto? Orfeo desciende al submundo para recuperar a su amada Eurídice, y a cambio tiene que renunciar a mirarla y a hablar con ella. Conocemos el relato de Orfeo, pero cómo habría sido el de Eurídice. ¿Como hablarían los muertos de lo que encuentran si pudieran volver al mundo? ¿Cómo hablarían de todo aquello que ya nunca podrá ser suyo: los lechos

de sus amantes, la compañía de los animales, el amor de los niños? ¿Qué importancia tendrían para ellos los pequeños o grandes dramas de la vida si a cambio pudieran participar en ellos?

Imaginémonos ahora algo que bien podría ser el argumento de una novela de fantasmas. Ninguno de los jóvenes que se reúnen en la finca en las afueras de Florencia, y que se entretienen entre sí contándose historias, ha sobrevivido a la peste. Son muertos que no saben que han muerto y que siguen conservando las bellas costumbres de la vida. Entre ellas, la de narrar. *El Decamerón* sería entonces el conjunto de historias que esos muertos se cuentan unos a otros. Eso justificaría tanto el clima de irrealidad que preside sus encuentros, como la liberalidad que rezuman los relatos, su tolerancia, su comprensión ante los excesos y desatinos humanos. Deberíamos mirar las cosas, escribe Pirandello, con los ojos de los que ya no están. Contar es agradecer los dones de la vida, eso nos dice Boccaccio con sus historias.

No pretendo decir que algo así pudo haber pasado por la mente de Boccaccio, entre otras cosas porque no cabe imaginarse a los muertos felices y estos jóvenes lo son en grado sumo. ¿Era feliz Boccaccio cuando escribió este libro? Todo hace pensar que no. Entre otras cosas, porque aún debían perdurar en su memoria la experiencia de todos los horrores que había presenciado unos meses atrás. El recuerdo de la muerte recorriendo las calles de su ciudad y mancillándolo todo a su paso. Pero *El Decamerón* es, además, un canto al amor entre hombres y mujeres, y tampoco Boccaccio en este terreno tenía muchas razones para sentirse afortunado, ya que sólo unos años

antes había sido abandonado por la que sería el gran amor de su vida, una bella dama napolitana que le había introducido en la corte y que inspiró gran parte de sus obras juveniles y a la que inmortalizó con el nombre de Fiammetta (Llamita). Fue tras su ruptura cuando Boccaccio escribió su novela *Elegía de Madonna Fiammetta*, que dedicó a «las mujeres enamoradas». Contaba en ella la historia de su desdichado amor juvenil, aunque en su novela la abandonada era la dama, que intentaba suicidarse. Al final de la obra, Fiammetta oye que su amante ha regresado a la ciudad y corre a su encuentro, pero descubre con amargura que se trata de otra persona con el mismo nombre. Es decir, ese otro que amó ya no existe. ¿Son siempre ellos, los que ya no tienen nombre, los que quedaron atrás, quienes cuentan las más bellas historias? ¿Podría ser entonces que, en la mente Boccaccio, los jóvenes que se reúnen en aquel ameno lugar a las afueras de Florencia, para celebrar con sus historias su juventud no representarían a los que lograron sobrevivir a la peste, sino los que murieron en ella? *El Decamerón* sería entonces la forma de restituirles la juventud y el gozo que no pudieron tener a causa de su temprana muerte. ¿Como explicar si no su misteriosa y melancólica belleza?

Uno de esos muertos que regresan podría ser el propio Boccaccio enamorado de su bella amiga. Boccaccio se serviría entonces de él no para hablar de su fracaso, como hará luego en *El Corbacho*, el libro que escribió en contra de las mujeres en su madurez tras una nueva decepción amorosa, sino para celebrar la belleza de aquel amor. El arte de recuperar todo lo perdido en el mundo

exterior, es ese el arte de relatar para Giovanni Boccaccio. El gran poeta inglés Wordsworth lo dijo en un poema justamente célebre: «Aunque ya nunca podremos recuperar el esplendor en la hierba de los días felices, no debemos afligirnos pues siempre la belleza subsiste en el recuerdo».

De ese esplendor habla sin descanso este libro, en el que destaca su belleza y su alegría. Chesterton escribió que las dos cárceles que amenazan la libertad de los hombres son la cárcel del puritanismo y la cárcel del pesimismo, y *El Decamerón* logra escapar de las dos y, como el cuarto de los niños, «guarda goces que el puritano no puede prohibir ni el pesimista negar». El mundo del relato sustituye al paraíso y nos lo recuerda. Tal es la tarea del narrador, parece decirnos Boccaccio, recuperar para sí y para los que le escuchan ese paraíso perdido.

Hay al final de *Otelo* un momento extraordinario. Desdémona, consciente de que no logrará convencer a Otelo de su inocencia, le pide que al menos la regale esa noche. «Por favor, le dice, mátame mañana». Ese tiempo robado a la muerte es la vida, pero también el tiempo del relato. Tendrás una nueva historia, le dice Sherezade al sultán, si me concedes un día más. Ese tiempo se confunde con el que nuestras bellas damas y sus dispuestos caballeros tratan de ganar con sus historias. Estamos en el mundo de Sherezade, donde contar es pedir a la vida un día más. Contar para seguir en el mundo, contemplando su locura y su belleza.

El libro de Boccaccio fue prohibido por la Iglesia, pero conoció un inmediato e inmenso éxito popular. Se ha escrito, y es cierto, que sus personajes son seres comu-

nes, defectuosos y desprovistos de cualquier valor noble, caballeresco o cortés, y que destacan los ladrones, embusteros y adúlteros, y se enaltece su astucia, que les permite salir airosos de las situaciones descritas, pero se ha hablado menos de su indiscutible encanto y de su luminosa belleza. «La noche es sublime –escribió Kant–, el día es bello. Los que poseen el sentimiento de lo sublime están inclinados hacia los sentimientos elevados de la amistad, la eternidad, el desprecio del mundo, el silencio de las noches de verano tachonadas por la temblorosa luz de las estrellas y la solitaria luna en el horizonte. Lo sublime emociona, lo bello encanta. Lo sublime terrible, cuando se produce fuera de lo natural, se convierte en fantástico.» *El Decamerón* pertenece al mundo de lo bello kantiano. Uno de sus cuentos más encantadores narra la historia del encuentro de dos amantes muy jóvenes. Se han enamorado y ella, que no sabe cómo librarse de la vigilancia de sus padres, finge pasar mucho calor en su alcoba durante las noches y logra que le dejen dormir en la terraza, donde el aire es más fresco y puede disfrutar del canto del ruiseñor. Será allí donde se reúna con su enamorado. Mas una noche, y tras el repetido goce, la parejita se queda dormida y el padre de ella les descubre en el lecho. Ambos están desnudos y ella tiene en la mano el sexo de su amigo. El hombre corre a buscar a su esposa y le dice que se levante de prisa y que vaya a ver el ruiseñor que tanto le gustaba a tu hija, que lo ha cogido y lo tiene en la mano. Y los dos deciden hacer la vista gorda y limitarse a casarles. Todo en esa historia es claro y sencillo como el agua que corre por las acequias. El sexo es visto como un deseo natural que no cabe aplazar,

y a cuya gozosa ley hay que rendirse. Devuelve a la naturaleza a los jóvenes amantes, les pone en contacto con las otras criaturas del mundo, transforma la terraza en que duermen en ese «cuarto de los niños» al que se refiere Chesterton.

El Decamerón está compuesto por cien relatos. Sus argumentos no son por lo general invención de Boccaccio; de hecho, se basan en fuentes italianas más antiguas o, en ocasiones, en fuentes francesas o latinas. Cabe mencionar que algunas de sus historias aparecen más adelante en los *Cuentos de Canterbury* de Chaucer. En realidad, casi todos los relatos giran sobre el deseo sexual y sobre cómo arreglárselas para satisfacerle. Y en esto en hay diferencias entre los sexos. Porque es cierto de que la imagen que se ofrece de la mujer responde al tópico medieval de una criatura proclive a las tentaciones de la carne, hija de la tentadora Eva, pero no lo es menos que todo el libro es un canto sin prejuicios al deseo femenino, que es puesto en un plano de igualdad con el del varón. «No pasó mucho tiempo sin que se atreviesen a hacer lo que más deseaba cada uno», tal frase resume esta visión del sexo como mutuo acuerdo. Y sobre «eso» que dan en hacer hombres y mujeres cuando están juntos gira el libro entero. No hay en ello atisbo de culpa, pues los amantes no hacen sino servir a la naturaleza, que es quien pone en ellos los deseos que deben satisfacer, por lo que el mal nunca está en el sexo en sí sino en quienes lo pervierten con sus prejuicios, su hipocresía o sus intereses. Todo esto queda claro en la historia más bella del libro: la historia de la desdichada Lisabetta. Sus hermanos matan a su joven amante, pero este le revela en un sueño

donde está su cuerpo y ella, tras desenterrarlo, toma la cabeza y la esconde en un tiesto de albahaca que cuida en su cuarto. La albahaca florece llena de hermosura gracias a las lágrimas de la infeliz amante, lo que hace sospechar a los hermanos que, al descubrir su secreto, harán desaparecer la cabeza para evitar que pueda descubrirse su crimen, lo que termina causando la muerte a la pobre muchacha.

No hay separación entre el hombre y el mundo natural, nos dice este bello cuento. El cuerpo amado vuelve a la tierra de donde regresa transformado en una albahaca. Estamos en el reino de las metamorfosis, cantado por Ovidio, donde los cuerpos se transforman en árboles, ríos o constelaciones, siguiendo la leyes eternas de las correspondencias. Y no importa lo triste que sea el final del cuento, lo que quedará en nuestra memoria es la imagen de esa albahaca floreciendo en el balcón de la muchacha. Nada puede agotar el mundo del deseo y el de la belleza. Una albahaca nos dice que el amor es fuerte como la muerte; y el canto de un ruiseñor, que no se puede causar daño o perjuicio a las cosas hermosas del mundo. Cosas así podemos leer en este libro admirable.

Gustavo Martín Garzo

Criterio de la antología

El Decamerón es un libro de cuentos. No son cuentos originales, ya que Boccaccio se limitó a recogerlos de distintas fuentes y a formar con ellos un libro. Para que ese libro tuviera una unidad concibió la idea de que fueran un grupo hombres y mujeres jóvenes los que se los contaran entre sí, mientras la peste asolaba la ciudad en la que vivían. El recurso recuerda a *Las mil y una noches*, donde una muchacha le cuenta cuentos a un ogro para salvar su vida. Tal es el milagro de las dos colecciones: transformar la cuba de los despedazamientos en el libro de los cuentos.

Al prescindir, por cuestiones de espacio, del prólogo y de los comentarios intermedios, no tenía sentido mantener el orden de las distintas jornadas y me he guiado por criterios meramente personales para hacer la antología. No creo haber traicionado a Boccaccio. Al fin y al cabo, sólo ha sido el placer lo que me ha llevado a ordenarlos así.

El Decamerón
Antología